
PRESENTACIÓN

María Zambrano y otras filosofías del exilio I

Si hay un acontecimiento que marca decisivamente la biografía personal e intelectual de María Zambrano, como la de muchos de sus contemporáneos, es, sin duda, el exilio. Por sus características, por el modo en el que lo asume, por sus implicaciones..., pero también por la relevancia que temáticamente adquiere en sus escritos y por el alcance que ha tenido en la recepción de su obra, el exilio ofrece una perspectiva ineludible de acercamiento al pensamiento zambraniano. Reiteradamente tratado, aunque inagotable como marco y horizonte del filosofar de la autora, ¿continúa ofreciendo posibilidades teóricas?, ¿qué más pensar, o decir, sobre esta cuestión?

El exilio determina la existencia de quien lo vive –si realmente lo vive– de forma irreversible; es, pues, una situación no accidental, o no solo accidental, en la medida en que sus efectos no dependen solo de la circunstancia que lo define, sino del modo en que alcanza al sujeto humano y lo convierte, para siempre, en «exiliado». ¿Qué hay en esta situación que le otorga este poder sobre el individuo?, ¿qué es lo que el exilio golpea en cada uno de los exiliados?, ¿qué hay en él, en el exiliado, que lo torna hasta ese punto vulnerable?, ¿cómo modifica no solo su horizonte de visibilidad, sino su misma condición? ¿Podemos entender nuestro mundo sin formularnos alguna pregunta de este tipo?

La segunda mitad del siglo xx y estas primeras décadas del xxi se diría que están protagonizadas, en buena medida, por multitudes anónimas de exiliados. Refugiados, expatriados, desterrados, emigrados, «transterrados», apátridas... poblaciones masivas en las que parece haberse perdido la identidad personal discurren a través de nuestras fronteras; paradójicamente, es como si nos ocultasen ese núcleo personal que la marcha de la historia ha dañado, dándoles, sin embargo, una configuración propia, que modela, a su vez, nuestro entorno. Su situación presenta una doble cara: arraigada en la identidad que define al sujeto humano, por otra parte, se la hace perder, desdibujando incluso su rostro, ante nuestra mirada atónita, perpleja y, en ocasiones, indiferente.

María Zambrano ha escrito páginas, posiblemente imprescindibles, sobre el tema. En la «Carta sobre el exilio», en un capítulo de *Los bienaventurados*, en su «Amo mi exilio»..., y, en buena medida, casi en la totalidad de su obra –tal vez no solo la redactada desde la «dolorosa lucidez» de la distancia– encontramos un testimonio

insustituible del alcance de este fenómeno que ha adquirido dimensiones planetarias. El exilio, explícitamente irrenunciable para ella, obliga a asumir la «ambigüedad de la condición humana», nos dice, al reducir al ser humano a «la verdad de su ser»; por eso el exiliado, en «la orilla de la historia» o en su «fondo», revela con su sola presencia la verdad de lo humano en su desnudez, sin anclajes de seguridad ni disfraz alguno, sin «mediaciones», en una soledad anónima en la que se funde con la humanidad. Como experiencia personal y condición de existencia asumida, el exilio se encuentra en la raíz de la especificidad de la aportación de la autora, como fondo en el que adquieren sentido los distintos problemas a los que se enfrenta, pero simultáneamente en su reflexión y en su trayectoria aparece también como circunstancia vivida en plural, como modo de existencia, en cierto sentido compartido, que por su dimensión histórica llega a tener un carácter «cósmico» y abre a lo universal.

En la lectura de esas páginas zambranianas, que recogen una experiencia difícilmente objetivable antes que un tema de reflexión teórica, aunque sus temas se vean íntima y profundamente modificados por ella, los trabajos que aquí presentamos han intentado un ejercicio de aproximación, en unos casos de diálogo, podríamos decir, surcado siempre de silencios, con otros autores cuya obra parece también sensible e internamente concernida por una experiencia análoga; en otros de atención a lugares, circunstancias y figuras que han marcado el largo exilio de la autora. De estas miradas aparentemente oblicuas o tangenciales nacen acentos inesperados en un pensamiento «de frontera», que vive para el presente como lugar de tránsito, que se abre a la pluralidad cualitativamente heterogénea de una realidad en permanente proceso de transformación; un pensamiento, en fin, desde el inicio, de la «crisis» y para tiempos de crisis.

Los artículos que conforman este primer acercamiento a una cuestión y perspectiva inagotables reparan en la geografía y secuencias del exilio de la autora, en la topología de las figuras que nos ofrece, en las concomitancias y desplazamientos temáticos en los problemas con los que se articula, y también, y sobre todo, clarifican nociones, proporcionan referencias, proponen una lógica diferente y sugieren actitudes y comportamientos que hagan visible esa individualidad fronteriza y marcada por la exclusión a la que Zambrano se refiere como «persona» y que entendió como «promesa de realización creadora».

Carmen Revilla Guzmán